

La mortalidad, morada del ser humano ¹

ROCÍO ORSI

Universidad Carlos III, Madrid

RESUMEN. Aquiles, al elegir una vida corta y gloriosa bajo los muros de Ilión, renuncia a la existencia oscura pero agradable y duradera que para él quería su divina madre. Esta opción de Aquiles por la mortalidad es el punto de partida del último ensayo de Javier Gomá —*Aquiles en el gineceo, o aprender a ser mortal*— donde aborda la necesidad moral a la que todos los individuos debemos enfrentarnos de aceptar nuestra propia finitud. Esta cuestión forma parte de un asunto más general al que está consagrando una tetralogía del que este libro constituye la segunda entrega: la experiencia de la vida. En esta nota se hace una presentación general de la obra y se propone una posibilidad alternativa (o más bien complementaria) al planteamiento general.

Palabras clave: inmortalidad, individuo, identidad personal, metafísica moral, responsabilidad.

ABSTRACT. Achilles relinquished the dark but pleasantly lasting life which her godly mother wanted for him. His mortality option is the starting point of the last essay by Javier Gomá, *Aquiles en el gineceo, o aprender a ser mortal* [*Achilles in the gynaeceum or learning to be mortal*], a book where he explores the acceptance of our own finiteness as a moral necessity that everyone must confront. This issue is part of a more general matter, one that is being studied by the author in a tetralogy from which this essay constitutes the second volume: the experience of life. In this review I provide a general presentation of the work and I propose an alternative (or rather a complementary view) to his approach.

Key words: immortality, individual, personal identity, moral metaphysics, responsibility.

Hijo de la diosa marina Tetis y del mortal Peleo, Aquiles tenía un destino igualmente dúplice: podía elegir entre la vida eterna pero anodina de un dios o una vida corta pero gloriosa, salpicada de los pequeños deleites e inundada de las grandes desazones que entraña un destino particular y finito. Su inmortal madre trata de elegir por él y dispone las cosas para que pase sus años mozos resguardado en un gineceo en la isla de Esciros, mientras los dánaos se aprestan a las cóncavas naves para traerse consigo a la ambigua esposa de Menelao. Pero los griegos saben que las murallas de Ilión no caerán sin la in-

tervención de Aquiles. Por eso Odiseo consigue introducirse en el gineceo donde holgaba el joven Pelida y despertarlo de su sopor con el sonido de la trompeta de guerra. La escena en la que Aquiles decide abandonar su dulce retiro, despidiéndose de las veleidades de la inmortalidad para soportar una vida llena de peligros, sirve a Javier Gomá de hilo conductor en su brillante ensayo sobre la necesidad de aprender a ser mortal (*Aquiles en el gineceo*, Pretextos, Valencia, 2007). Aquiles opta por la mortalidad y, de ese modo, decide convertirse en el héroe de vida breve pero heroica cantado

por los aedos y también, ahora, celebrado por los filósofos. Su elección lo convierte en una figura ejemplar de la experiencia de la vida: al optar por la mortalidad Aquiles se sacude el gozoso estupor adolescente para ingresar en el estadio ético o el mundo de la polis, asumiendo junto a los otros hombres deberes más prosaicos. Una entrada en el mundo civil para la que le había preparado un amor casi impúber —si bien fructífero— que se fraguó durante su indolente existencia en el gineceo. Es menester aclarar que la mentada «experiencia de la vida» es el tema que vertebra la tetralogía de la que este libro constituye un segundo volumen; el primero fue *Imitación y experiencia* (que mereció el Premio Nacional de Ensayo en 2004²) y los dos volúmenes prometidos se titularán *Ejemplaridad pública y Necesario pero imposible*.

El libro de Javier Gomá es excepcional, lo cual no deja de ser una desgracia para quienes frecuentamos el género ensayístico y las lecturas filosóficas: es excepcional y es una desgracia que lo sea porque lo que solemos encontrar en las librerías es una sobreabundancia de prosa académica y descuidada muy pendiente, eso sí, de la actualidad o de otro tipo de ejemplaridad que no es, ni muchísimo menos, la que Javier Gomá desgrana ante nosotros en esa colección de ensayos de la que este libro forma parte. Que el fondo es parte de la forma y que la forma es inseparable del fondo es ya un viejo dogma de la crítica literaria y filosófica: alejado pues de las servidumbres de una especialización que camufla la estrechez de miras, y libre del corsé científico que tantas veces disciplina y aprieta la escritura y el pensamiento, este libro de Javier Gomá nos brinda una ocasión singular para el disfrute estético e intelectual. Es un libro de filosofía como los de antes, cuando la filosofía no se plegaba a miserias profesionales y se consagraba a los

problemas verdaderamente intemporales —que son, en definitiva, los únicos problemas que merece la pena abordar con filosófico denuedo.

En su ensayo Javier Gomá desgrana los múltiples motivos y significados que pueden atribuirse a la apuesta de Aquiles por la mortalidad. La suya es una decisión política y moral, pero es sobre todo una decisión ontológica: optar por la mortalidad es optar por una condición existencial precaria y necesitada, sujeta a las sacudidas del tiempo, fiada a los albrices de la fortuna y condenada irremisiblemente a las penurias del dolor y la muerte. Opta incondicionalmente por la mortalidad: la mortalidad buscada y querida por Aquiles no se transmuta en ninguna inmortalidad de nuevo cuño. Es verdad que elige una bella muerte y, con ello, se convierte en un héroe que congela su vida en una instantánea de juvenil inmortalidad, rebosante de gloria e ignara de las fatigas de la vejez³. Pero, como señala con gran acierto Javier Gomá, la gloria procura a Aquiles una pervivencia en el recuerdo que no es sino un triste sucedáneo de la inmortalidad perdida. El anhelo de inmortalidad al que logra sobreponerse no se hubiera satisfecho con la promesa de una perpetuidad poética o política⁴. La fama alaba nuestra vanidad, pero no aplaca nuestro vértigo ante la nada que nos acecha: no mitiga nuestra angustia ontológica, que sólo se apaga con la supervivencia del propio yo.

Javier Gomá aborda la experiencia de la propia mortalidad los estadios que, recuperando conceptos de Kierkegaard, denominará estético y ético, y excluye de su reflexión el estadio religioso: aquel propio de quien se siente a salvo del acabamiento personal porque cifra sus esperanzas en las promesas soteriológicas de un ser sobrenatural. Gomá muestra cómo a los individuos cuyas expectativas son las de un ser finito no les cabe sino apren-

der a descubrir el valor de su propia mortalidad o perpetuarse en un estado de autocomplaciente negación de la propia finitud. Es verdad que estos individuos no entran en el estadio religioso, donde se descuida el yo porque se espera verlo subsumido en un Todo; pero se verán asediados por la tentación de permanecer en el estadio estético, con su indolencia infantil y su reconcentrada soledad. Aprender a ser mortales es atreverse a abandonar la plácida ficción de omnipotencia infantil sin caer en un nihilismo apático y melancólico: aprender a dar valor a nuestra vida aceptándola finita y señalada por la negatividad. Elegir la mortalidad significará entonces renunciar a vivir de forma gratuita: sin aceptar el dolor y la negatividad de la experiencia y pretendiendo conservar al yo en el recinto sagrado e intocable de una pertinaz inmadurez. Gomá opone al mito de la autenticidad originaria y solipsista de la modernidad (que representarán dos figuras señeras: Rousseau y Goethe) el descubrimiento activo de la propia finitud mediante la experiencia: el yo, confinado por un mundo que se le resiste, sólo logra su verdadera autenticidad si es política, es decir, ingresando en una polis que le impone obligaciones y compromisos, que le pone límites. El adolescente se encierra impasible en la concha de su inmutabilidad, y su única relación con el mundo es estética: se deleita en su contemplación sin chocar con su resistencia ni sentirse restringido y sin, por tanto, dejarse determinar por él. Acceder a la vida civil es asumir las consecuencias metafísicas y existenciales de estar en el mundo: sufrir los asedios de la experiencia al propio yo, que ya no nos pertenece enteramente, y sufrir la aflicción de la pérdida.

Muestra Gomá que la entrada en la vida moral se realiza a través del amor, que es apertura al otro concreto y próximo en toda su individualidad (y precisa-

mente por ella), y a través del trabajo, que es una apertura a lo general, a los otros que componen la polis. El sujeto moral se encuentra entonces en tenso vaivén entre lo general y lo particular. Asumir deberes morales o civiles significa dejar atrás el momento estético: significa asumir la repetición y la normalidad, renunciar al fervor y la excepcionalidad, a la novedad, aceptar el punto de vista general y la especialización —laboral y sentimental— que posibilitan la particularización de la vida privada en el marco general de la polis. Arrostrar la propia mortalidad significa apoderarse de nuestra individualidad: Aquiles salió del gineceo para ser Aquiles, y también nosotros somos quienes somos, con nuestros límites —que son nuestros matices— porque renunciarnos a la ficción de la inmortalidad. Únicamente un ser ilimitado puede ser indeterminado (o contener en sí todas las determinaciones); pero este ser es el dios de Espinosa, un Todo que bien puede ser la Nada. Asumir nuestra mortalidad es encarnarnos con nuestras limitaciones pero también con nuestra individualidad y, por tanto, afrontar una vida realmente única: porque, como nos recuerda Javier Gomá, sólo mueren de verdad los que de verdad viven. De manera que el hombre es por naturaleza indeterminado y, por elección, se llena de determinaciones, de compromisos que detallan su mortalidad. El adolescente se quiere perfecto y renuncia, así, a enfrentarse con una realidad que recorta su silueta en el mundo y por eso, en definitiva, no sabe encontrar su lugar en él. Como Sócrates, Aquiles ataja su vida en aras de una polis que comprende como de mayor importancia que el individuo porque es el trasfondo que dota de sentido a su vida. De manera que el sentimiento de la pérdida y el anhelo de salvación no son sólo una constatación personal: están en el corazón de lo político, en la apertura al otro. En el amor hay siempre

una aspiración imposible a la perpetuidad de la unión: recuérdese por ejemplo el célebre soneto de Quevedo donde anuncia que los restos conservarán el sentido y serán «polvo enamorado»; y en la vida de la polis surge por doquier una ilusión de pervivencia más allá de la muerte: el bien conocido deseo de dejar una traza imperecedera en la memoria de los hombres. Pero el sino del polvo no es conservar el sentido sino ser dispersado por el viento, y el destino del recuerdo es ser sustituido por otro igualmente indeleble.

Este libro de Javier Gomá es un ensayo penetrante y sustancioso de metafísica pero también una reflexión política y moral. Y en ese sentido uno de los aspectos más valiosos que contiene es su elogio de la normalidad: frente al dandy, el artista adolescente o el immoralista que mira con estudiado desdén la placidez del hombre feliz; pero también frente a la sórdida mediocridad del «hombre común», de ése al que no soporta el esteta porque desprecia cuanto debiera admirar —por no hablar de la banalidad de que es capaz—; frente a estos dos sujetos arquetípicos, Javier Gomá sitúa la necesidad de valorar al hombre *normal*, aquel que asume sin aspavientos ni notas de melancólica afectación su propia, simple, llana y negativa, muy negativa, finitud. Gomá entra de lleno en un dilema ubicuo de las sociedades avanzadas: el de tener que conciliar el pulso agonal del que brotan nuestros mejores logros con la igualdad política que es condición de posibilidad de nuestras politeías. Desde la reflexión metafísica y existencial, Javier Gomá arriba al puerto nada seguro —o al proceloso océano— de la diatriba política y moral más escurridiza y apremiante: cómo mantener un equilibrio imposible entre tratar de manera igual a los iguales pero de manera desigual a los desiguales, entre celebrar a los valientes y no menoscabar la igual condición de los ciudadanos, entre alentar el

arrojo y la superación personal y evitar una competitividad fiera, entre esquivar una igualdad a la baja o una medianía autocomplaciente y conservar la igualdad de dignidad y oportunidades para héroes y tunantes. En este sentido, la salida del gineceo puede verse también bajo la forma de otro mito fundacional de nuestra cultura, éste de origen semítico: la salida del Edén. Aprender a ser mortales —y la expulsión del paraíso es lo que nos trajo— es también adquirir una responsabilidad política que no nos permita refugiarnos en el gineceo del esteta individualista ni en las utopías terrenales que buscan reedificar el paraíso en nuestra tierra —bajo la forma de monasterios, de falansterios o de fantasías revolucionarias— para olvidar así nuestra condición precaria y, en definitiva, mortal. Por eso, instalarse en la propia mortalidad y reconciliarse con ella significa reconciliarse con una negatividad que es nuestra condición de ser en el mundo y, también y sobre todo, nuestra condición de ser en la polis. Y así, elegir la propia mortalidad es decidirse a aprender a tomar lugar en nuestro mundo sin refugiarse en paraísos artificiales ni en gineceos remotos.

La tesis que este libro nos propone es irrefutable: elegir la mortalidad entraña asumir una concepción de la vida como aprendizaje de la propia finitud, lo que significa apoderarse de la propia individualidad. La vida misma puede narrarse entonces como si fuera una novela de formación: el género autobiográfico podría asimilarse al de una *Bildungsroman* y, no en vano —y pese a ser intentos fallidos— los dos autores que se nos vienen a las mientes y que el propio Gomá trae como ejemplos de una modernidad interrumpida son autores de sendas novelas de formación y que, además, escribieron sus propias vidas bajo la impronta de dicha modalidad de escritura: Goethe y Rousseau. Pero sus intentos son fallidos porque les

falta adherencia con un mundo sentimental y cívico: les falta pues responsabilidad y por eso no logran romper el cascarón del estadio estético. Lo que me gustaría poner de manifiesto es una dimensión de la formación individual que quizás no ha sido lo suficientemente ponderada en el libro, aunque tampoco puede decirse que esté ausente: la influencia de la suerte en ese laborioso adiestramiento del sujeto en la mortalidad. Porque en efecto, de lo que nos preserva la inmortalidad es precisamente de Tique, esa hija de Zeus que caprichosa e irresponsablemente prodiga sus favores entre los mortales y humilla sin piedad a quienes demasiado venturosos se las prometían. La fortuna es una irresponsable y se abate contra los bordes de nuestra propia responsabilidad: los mortales nos hacemos responsables no de lo que queremos, sino tan solo de lo que podemos.⁵ La impronta moral de las elecciones que dan forma a nuestra peculiar trayectoria vital muchas veces no se revela buena ni mala sino después de largo tiempo: después incluso de que cierto tramo vital —o el recorrido entero— se haya cerrado. Hemos de asumir la responsabilidad de todo aquello que hacemos, esto es bien cierto; pero no es menos cierto que no apreciamos bien la cadadura de dicha responsabilidad, no sabemos qué sabor tendrá sino hasta mucho después de haber hecho cuanto hicimos: y entonces a lo mejor ya somos otros de quienes hicieron aquello, precisamente como consecuencia —indeseada, inesperada— de aquello que hicimos. Hacerse cargo de las propias elecciones tiene por así decir un morfismo diferido: su forma sólo termina de moldearse con el paso del tiempo y está expuesta a la acción del azar. El significado de lo que hicimos se nos revela siempre con retraso y no depende de nosotros: porque una vez que hacemos o decimos algo, el hecho o la palabra acaecidos tienen vida propia y

ya no nos pertenecen propiamente (aunque paradójicamente nunca dejarán de pertenecernos en tanto que autores: ser autor es un predicado que no prescribe aunque sea de lenta adquisición). Podemos eludir decisiones moralmente descabelladas como abandonar a nuestros hijos en un hospicio o romper sin más ni más un compromiso matrimonial. Pero nadie nos garantiza que de nuestras mejores decisiones vayan a brotar frutos sanos. Ni siquiera se nos garantiza que vayamos a contar con la oportunidad de *formarnos*, de adquirir una capacidad de acción y de elección plenamente responsables: la suerte puede trancar nuestro destino en cualquier fase de la vida y puede intervenir arruinando cualquier contexto proairético. Es posible que la vida nunca nos depare la oportunidad de hacernos gustosa y maduramente responsables de un trabajo y una familia. Pero también puede que la vida nos ponga en la tesitura de tener que ser *algo más* que mortales responsables: a veces el mundo no nos permitirá resignarnos a una normalidad seria sino que nos exigirá optar por ser héroes o bellacos, disidentes activos o consentidores equidistantes del mal; a veces hay que aliarse con el demonio, y a veces el demonio es el agente del bien. A veces, pues, renunciar a la trascendencia y el heroísmo y dedicarse responsablemente a los propios quehaceres puede no ser la mejor opción. Por supuesto el libro de Gomá no se opone a esta idea: al revés, su énfasis en la responsabilidad podría concebirse *también* bajo este prisma. Pero quizás resulte forzado conciliar la mala suerte moral de tener que ser héroes o villanos con la resignada (y apreciable, por tantos otros motivos) normalidad.

Al considerar que sólo sabemos si emprendimos buenas elecciones o si hicimos bien echándonos sobre los hombros ciertas responsabilidades cuando aplicamos una mirada retrospectiva, se me ocu-

re una forma alternativa —que no niega, pero se sobrepondría a la que Gomá nos propone— de comprender ese aprendizaje de la mortalidad. Éste podría revestir la forma de un extravagante imperativo moral: el de tratar de llevar una vida inmortal mientras dura. Y no es ésta, entiéndaseme bien, una nueva forma de inmortalidad tramposa: así podría concebirse una vida que aspira a verse como cumplida o autocontentida, una vida a la que pueda darse sentido *como si* su protagonista ya no viviera. El proverbial pesimismo ático impedía a Solón considerar feliz a ningún hombre hasta que hubiera muerto: Crespo, que tan lisonjero se veía, hubo de dar la razón al impertinente sabio cuando sufrió en sus propias carnes el desgarrar de ver malogrados su poder y su prole (curiosamente, cuando advirtió su fracaso en los ámbitos profesional y familiar). Pero tan cierto como cauto es el lema de Solón es su contrario: que de *nadie* que haya muerto puede decirse que sea feliz, por más que esté a salvo de los reveses de la fortuna. A lo sumo puede decirse que lo ha sido, pero si aspiramos a ser felices de poco nos servirá esperar a la muerte para ver cumplido nuestro anhelo: porque cuando la muerte está, nosotros nos hemos ido, y ya idos sólo somos sujetos adecuados de oraciones en pasado. Por eso una forma de comprender el ingreso en el estadio ético o la elección consciente de la mortalidad podría entenderse como la aspiración a aproximarse a nuestra propia vida como si estuviéramos ya muertos, el deseo de darle un sentido cabal aunque esta satisfacción se sepa peyorativa, que muere con la muerte.

Pero curiosamente, el género que mejor se presta a esta mirada reflexiva y totalizante sobre el yo como si estuviera muerto es la autobiografía: y eso lo que hicieron, dicho sea de paso, Rousseau y Goethe en sus propias obras autobiográficas. Y es que eso sí que se lo debemos reconocer a am-

bos autores: que por más que se enriscan en un laberinto exquisitamente autorreferencial, el hecho mismo de escribir y contar *su vida* desvela ya un deseo de contar responsablemente con el otro, de justificarse ante los otros y de presentarse ante ellos como un humillado mortal; un deseo de apertura a los demás que los redime en buena medida sus híbricas ansias de perfección. Y con la redención concluyo. La mortalidad es tan nuestra que incluso nuestro Dios, o al menos el Dios de nuestra tradición, eligió hacerse mortal para redimir al mundo. Y quizá esto tenga que ver con una ausencia inquietante en este libro: Gomá deja de lado deliberadamente al caballero de la fe, el único individuo para el que las pérdidas no son irreparables porque se mueve en un horizonte de salvación. No obstante, quizás lo que ocurra es que lo que le ocurre a esta figura no es que sea reprochable, como la del esteta encerrado en el estadio adolescente, sino profundamente inverosímil: que, si nos asomamos a la armadura del caballero de la fe, de ese Abraham dispuesto a sacrificar a su propio hijo bajo la orden de un dios primitivo y brutal, quizás nos encontremos con que no hay nadie ahí dentro; que el caballero de la fe, como aquel paladín de Carlomagno que imaginó Italo Calvino, puede ser un Caballero Inexistente. Pues el hombre religioso no solo construye su vida civil bajo la especie de la finitud, sino también bajo esta marca diseña su aspiración de inmortalidad: como al paso señala Gomá en una nota, «[e]l aprendizaje de la mortalidad es compatible con la esperanza *post mortem*, siempre que esa existencia prorrogada no se conciba como inmortalidad (una suerte de revancha del yo adolescente, que recuperaría escatológicamente la pérdida autodivinización), sino como una mortalidad que no cesa, y que no se adquiere por derecho sino que se recibe de lo alto como un don». Si esto es una nota al pie, imagínense el resto del libro (o bueno, mejor léanlo).

NOTAS

¹ Reflexiones al hilo del libro de Javier Gomá Lanzón, *Aquiles en el Gineceo* (Pretextos, Valencia, 2007).

² *Imitación y experiencia*, Valencia, Pretextos, 2003.

³ Como sostiene J.-P. Vernant «c'est la «belle mort» qui fait le guerrier tout ensemble *athánatos* et *agéraos*» (en *L'individue, la mort, l'amour*, Paris, Gallimard, 1989, p. 57).

⁴ En realidad, sí caben otras formas de dar alas a nuestra añoranza de trascendencia, pero también están abocadas al fracaso: éste podría ser el caso del princi-

pio platónico de «imitación del dios» que aparece profusamente en las *Leyes*, pero también la imitación de las Ideas por parte de la naturaleza y de ésta por el poeta, a lo que el propio Javier Gomá dedica sustanciosas páginas en su libro anterior ya citado, *Imitación y experiencia* (especialmente en el capítulo 2).

⁵ Cf. Roberto R. Aramayo (aunque en otro contexto): «No es responsable quien quiere, sino tan sólo aquel que puede serlo», en «Los confines éticos de la responsabilidad», M. Cruz y R. R. Aramayo (eds.), *El reparto de la acción. Ensayos en torno a la responsabilidad*, Madrid, Trotta, 1999, p. 41.